

RESEÑAS

Antonio ALATORRE: *El brujo de Autlán*. México: Aldus, «La torre inclinada», 2001, 211 pp. ISBN 970-71-4002-X

Antonio Alatorre confiesa, en la Introducción de este libro, que se encomendó a don Luis González y González, el “santo patrono” mayor de la microhistoria en México, para que lo ayudara a emprender la investigación histórica de un brujo en Autlán, porque el autor se considera “un aficionado sin adscripción a ninguna escuela de interpretación del pasado” (p. 9). Para reforzar la petición dedicó su obra a don Luis. Después de leer este libro, en 2003, creo que el brujo estudiado, por el que Antonio siente “una descarada simpatía” (p. 109), tuvo más poder que don Luis González y González, porque lo que encontramos no es una microhistoria como la entiende don Luis, sino como la proponen los historiadores italianos Carlo Ginzburg o Giovanni Levi.

Recordemos que en *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* don Luis González mostró admirablemente lo que entiende por microhistoria, la historia de una comunidad que no haya sido trascendente ni haya ejercido influencia en otras, pero que sí sea típica, como San José de Gracia, que se parece a otras que son pequeñas, mestizas y se encuentran en las regiones montañosas del México central.

En lo que sí coincidieron don Luis y Alatorre fue en la simpatía con la que se acercaron a sus pueblos y a sus personajes. Don Luis, “cargado de simpatía”, estudió su pueblo y pudo descubrir “su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares”. Alatorre encontró en un expediente inquisitorial, del Archi-

vo General de la Nación, a un paisano, Marcos de Monroy, y al estudiar sus hazañas fue simpatizando con él y descubriendo la vida cotidiana entre 1699-1709 de Autlán, el pueblo del brujo y de Alatorre.

Historiadores y no historiadores, nacionales y extranjeros, han destacado las virtudes de *Pueblo en vilo*, pero creo que nadie ha dicho que es un libro impecable tanto de historia como de antropología. Como libro de historia logra establecer un diálogo entre los josefinos y el escenario nacional y consigue refutar la historia oficial con pruebas, es decir con los hechos históricos nacionales que nunca se dieron en San José de Gracia. Utiliza el modelo de las generaciones para ir narrando la historia propia y descubre que es en torno de lo religioso que se teje la vida de la comunidad josefina. En *Pueblo en vilo* don Luis demostró que también es un excelente etnógrafo al poder rescatar de San José “lo durable, lo efímero, lo cotidiano y lo insólito, lo material y lo espiritual” mediante una descripción de las prácticas culturales.

En cambio, desde la lectura de las primeras páginas de *El brujo de Autlán* empecé a recordar el maravilloso libro de Cario Ginzburg *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, no sólo porque los dos autores utilizan procesos inquisitoriales ni porque las dos historias giran alrededor de un solo individuo sino porque a los dos: Alatorre, el filólogo, y Ginzburg, el historiador, les interesan los grupos marginados. Ginzburg trabajó en el tema de la circularidad de la cultura, de la relación que existe entre la cultura de las clases subalternas y la de las dominantes y de su influencia recíproca, al examinar minuciosamente las ideas, fantasías y sentimientos de Menocchio, un molinero italiano del siglo XVI, a partir de sus confesiones ante el Tribunal de la Inquisición y de sus lecturas.

Alatorre también examinó con detalle la causa contra Marcos de Monroy, cuya fama de “fascinador y brujo” en Autlán se conoció por las declaraciones de un bigamo ante la Inquisición en 1699. Alatorre divide en cinco etapas el análisis de la causa. En la primera (1699) encontramos que Monroy sabía cosas “por ocultas y guardadas” que estuvieran, como el día y la hora en que había llegado la flota española a Veracruz. Recurría a la invocación mágica “fuego, mar y tierra, ayúdame como puedes” y alardeaba de saber curar enfermedades. Además había facilitado un adulterio entre doña Ana de Contreras y Francisco Cárdenas, el bigamo que lo delató. En la segunda etapa (1700-1701), que empezó con el primer interrogatorio al que el juez comisario sometió a doña

Ana, apreciamos la fina lectura de Alatorre, quien no se deja llevar por el documento, sino que interpreta las respuestas y hasta los gestos de doña Ana. Después de la "pequeña novela de adulterio", que Alatorre reconstruye, siguieron los interrogatorios a tres españoles por los que sabemos que Marcos curaba enfermos que padecían "nanaguates" o granos.

Los papeles de estos interrogatorios se enviaron a México con una carta de fray Cristóbal Cordero, para quien Marcos era un "hombre viejo, al parecer de más de cincuenta años, bufón, chancero y ridículo en sus cosas". Alatorre explica que aquí "ridículo" significaba "amigo de cosas de risa" o "bromista".

La tercera etapa (1701-1705) resulta interesante porque contiene las declaraciones de trece mujeres que permiten recuperar el entorno en que se movían (sus preocupaciones, ansiedades, sufrimientos, deseos, tribulaciones) y las hazañas de Marcos, quien participó en un aborto, trató de enseñarles brujería, les prometió que sus maridos regresarían a su lado, que podían salir a pasear sin temor de sus maridos, que las llevaría a fiestas y a lugares distantes, que las ayudaría en sus quehaceres, que curaría sus enfermedades, entre otras cosas más. En el examen de las declaraciones Alatorre admite "que es preciso estar leyendo entre líneas" (p. 42). Éste es el tipo de historia que propone Ginzburg: "las voces de los grupos subalternos [Marcos y las mujeres de Autlán] se filtran a través de las clases dominantes. Debemos aprender a leer entre líneas para poder escuchar aquellas voces distorsionadas y casi inaudibles. En ocasiones, hay que descifrar hasta el silencio". Esto lo apreciamos cuando Alatorre descifra hasta la persuasión que ejerció Marcos sobre doña Ana de Contreras (p. 30).

Parece que el comisario de la Inquisición en Autlán, fray José Ponce, no estuvo interesado en lo que las mujeres creían. A él le importaban "los dichos y hechos de Marcos de Monroy". En cambio Alatorre no se concentró sólo en Marcos ni olvidó el mundo de las mujeres de Autlán. El ejercicio de leer entre líneas le permitió descubrir la pugna "entre dos concepciones del mundo" que experimenta María Pascuala, una mujer indígena, quien entiende el castellano y habla la lengua mexicana.

Pasaron dos años, entre el envío de las declaraciones de las mujeres a México en 1705 y la calificación de los autos contra Marcos de Monroy en 1707, que Alatorre examina en la cuarta etapa (1705-1708). Para los inquisidores, Marcos era un "hombre supersticioso con pacto explícito con el Demonio, hechicero y

brujo y maléfico, lo cual le constituye levemente a lo menos sospechoso en la fe". Después de este cauteloso examen, dieron las instrucciones precisas para su prisión y embargo de sus bienes. Con esta decisión empieza la quinta y última etapa (1708-1709) del proceso, pero antes de la prisión del brujo era necesario ratificar unas declaraciones, que de nuevo sacaron a relucir que Marcos era un curandero, que tenía "un muñeco [tal vez un ídolo] y unos libros viejos".

La ratificación de las declaraciones permitió que aflorara el mundo mágico en que vivían el brujo y las mujeres con las que trataba. Alatorre detectó este mundo así como la "magia de la palabra impresa" en los libros que Marcos mostraba a las mujeres analfabetas. Esta palabra también circulaba en forma manuscrita en las cartas que intercambiaban los amigos de Marcos.

El final del proceso llegó en el momento de efectuar la prisión de Marcos, que no se realizó porque el brujo había muerto el 22 de julio de 1706. Estuvo "casado con Lorenza de Mesa, [...] recibió los santos sacramentos. No tuvo de que testar. Enterrose en esta iglesia parroquial".

Lo que sorprende al autor y sorprenderá a los lectores de este libro es saber que mientras se llevaban a cabo las diligencias finales en 1707, Marcos de Monroy ya había muerto. Alatorre da explicaciones a este hecho y el lector podrá deducir otras.

Al final del análisis de la causa, el autor incluye para los "simples lectores", que leemos por leer, un "breve comentario", donde sugiere que hemos leído "una pequeña novela picaresca". Para Alatorre, Marcos de Monroy era un picaro, un personaje "que se construye a sí mismo", que sabía cómo acercarse a las mujeres y que tenía curiosidad por entender todo. ¡Cómo nos ayudaría a saber más de Marcos si pudiéramos conocer cuáles eran los libros que tenía!

Dentro del "breve comentario", el autor destaca la importancia de documentos como la "novela de Marcos" para la historia cultural, pues permiten acercarnos a la vida cotidiana de pueblos como Autlán, a donde llegaba la jurisdicción del Santo Tribunal.

Si antes de leer este libro no sabíamos quién era Antonio Alatorre, este libro ha ofrecido también "su novela", es decir su vida en Autlán, su pueblo natal. Las otras "novelas" de Alatorre, la de Guadalajara y la de la ciudad de México, ya las habíamos leído en sus estupendos artículos y libros.

El único pero que le pongo a este magnífico libro es la decisión de Alatorre de modernizar la ortografía de las citas (p. 16).

Los historiadores preferimos conservar la ortografía original para comprender mejor las prácticas de la escritura. Por esta razón aplaudo que haya respetado la ortografía de los autos en su transcripción paleográfica, incluida en el apéndice documental.

Carmen CASTAÑEDA

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social-Occidente*

Romana FALCÓN: *México descalzo: estrategias de sobrevivencia frente a la modernidad liberal*. México: Plaza y Janés, 2002, 365 pp. ISBN 968-11-0574-5

El estudio del “pueblo”, “los de abajo”, las “clases populares” o los “sectores subalternos” constituye una de las principales vertientes de la historiografía contemporánea. Esta irrupción de “lo popular” en los estudios históricos no deja de contener una fuerte dosis de ironía ya que, tradicionalmente, los relatos históricos eran dominados por las “grandes figuras”, los “próceres” o los “patriotas”, quienes fungían en las narrativas nacionales como los héroes en la forja de las identidades colectivas. La historiografía actuaba como depositaria de las tradiciones de las élites y de los mitos fundacionales que sustentaban su idea de nación; era uno de los guardianes mayores de las “comunidades imaginarias” de los sectores de poder y las clases dominantes. Cuando las clases populares aparecían en sus relatos —que no siempre lo hacían—, ocupaban un lugar exiguo en ellos; solían ser meras figuras de reparto que, en el mejor de los casos, eran convocadas por los próceres en ocasiones excepcionales. Mas, usualmente, en las historias nacionales las “masas” constituían un “otro interno”, una muchedumbre compuesta por un amasijo de “clases peligrosas” a las que los sectores hegemónicos temían como a la peste, por lo que pensaban que debían “domesticarlas”. Para las élites, las clases populares eran, a lo sumo, una materia prima que debía ser moldeada y regentada de manera autoritaria, cuando no despótica, con el fin de encaminarla hacia la senda del progreso, el desarrollo o la modernidad.

Esta concepción acerca de los sectores populares se fundaba, por supuesto, en razones de clase, en su ubicación en la estructu-